

## Maniobras de escapismo

*Valeria Flores Martínez*

Teresa despierta de las enredaderas oníricas de lo eterno para curiosamente reposar en la almohada perteneciente a la consciencia de su insomnio. No hay más luz que la del alumbrado público, salpicando sobre ella las gotas de la prueba del progreso. Sus oídos vibraban, un denso malestar en ellos se manifestaba, la presión ahora inexistente había dejado su huella.

Soñó que soñaba, que intentaba soñar, que en un cama yacía sin más consciencia que la del sueño; pasábase por su mente un recuerdo distorsionado, de esos que llegan de sorpresa, sin ser buscados; la presencia de un museo situado en el centro de la ciudad; museo de esos que pertenecen a artistas de renombre pero que únicamente se hallaba en él colecciones que con su dinero había conseguido: vestigios arqueológicos de culturas de oriente, abstracciones en pintura, bocetos aparentemente infantiles de lo interno y una extraña escultura de un ángel (o al menos una interpretación de un ángel) con sus alas abiertas en posición demandante, o quizá solamente demasiado abrumante.

Teresa (o al menos la proyección de su yo, producto de su imaginación) se paseaba por los blancos y anchos pasillos del lugar. Las paredes de cantera la rodeaban con su alerta de frío; debido al espacio amplio del lugar, el eco resonaba en cada esquina: por allá, pasos de turistas; acá, la respiración de un aparente fumador que al intentar contenerla solo conseguía que sonase con mayor determinación. Por último, dentro de una de las salas de exhibición, se escuchaba por fin la voz de lo experto, de lo erudito, frente a un montón de personas, explicar no solo lo fascinante de la rareza de las obras, sino también la técnica usada en ellas.

Se paró voluntaria o involuntariamente, porque bien sabemos que en casos de abstracción estética nuestro instinto domina los miembros, frente a una obra en específico. Bocetos se posaban frente a ella, un dibujo llamó su atención, un cuerpo, o quizá varios, o quizá ninguno, enjaulado con su propio cabello, o quizá ajeno, o ningún cabello. Había tanta precisión, tanta verdad surrealista, que dudó de su presencia real u onírica en el lugar.

Fuera del trance, caminó sin cesar por los pasillos. Cada obra tenía los detalles que ni aun visitando el lugar incontables veces podría recordar: la arquitectura del lugar era demasiado precisa, con nostalgia de lo clásico. Dudó. Confundida se cernía en la idea de estar realmente en el lugar,

pues el olor a pintura se colaba en sus fosas nasales, el frío blanco erizaba sus cabellos, y por supuesto, los datos exactos de pinturas y esculturas eran nombrados por el eco transmitido desde alguna de las salas.

El arte te hace dudar de estar vivo, se decía Teresa, es imposible haber soñado todo esto, yo estar soñando. ¿Estoy soñando? Sí, pero... ¿Qué? ¿Sueño que me paseo por un museo? ¿O sueño que estoy soñando que me paseo por un museo? ¿O es acaso solamente un engaño interior, de aquellos producidos por los trances momentáneos? Trance, pero, ¿trance de qué? ¿Será quizá de aquella obra? La obra representante del encierro, del agobio, de lo abrumador. La obra que abraza mi cuerpo y se desliza vacilante por mi cuello, casi susurrándome el calor del fuego que Prometeo dio una vez a los humanos. ¿Es acaso este mi fuego?

Consternada, confundida o quizá simplemente trastornada, Teresa busca la salida del lugar que una gran puerta de roble le presenta. Liberación, por fin libre de tormento, se dice, acaso al final todo esto sólo me traería dolor de cabeza. Aunque... ¿liberación es escape o enfrentamiento? No, no, hago lo correcto.

Al recargar su mano contra la madera y abrir así la puerta, una niebla blanca comienza a cegarla, rodeándola, prohibiéndole la vista de lo surreal. Con valentía, Teresa avanza un paso, pero en un abismo de niebla se encuentra atrapada (¿capturada?). Cae, cae, y sigue cayendo, la presión en sus oídos es insoportable, siente la inminencia de una explosión. Pero solo se encuentra con negro, negro de sus párpados reales, un negro que se deshace de las enredaderas oníricas de lo eterno. Sus ojos se adecuan, solo el alumbrado público, solo el vestigio de una presión inexistente. Suspira, dirige su mirada hacia su cuerpo, cuerpos, o quizá ningún cuerpo. Se sentía atrapada (¿enjaulada?) por gruesos cabellos rodeándola. ¿Suyos? ¿Ajenos? ¿O quizá no será cabello?